Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Catequesis

Audiencia General - Año de la fe 2012-2013

«Creo en Dios»

23 de enero de 2013

Queridos hermanos y hermanas:

En este Año de la fe, quisiera comenzar hoy a reflexionar con vosotros sobre el Credo, es decir, sobre la solemne profesión de fe que acompaña nuestra vida de creyentes. El Credo comienza así: «*Creo en Dios*». Es una afirmación fundamental, aparentemente sencilla en su esencialidad, pero que nos abre al mundo infinito de la relación con el Señor y con su misterio. Creer en Dios implica adhesión a Él, acogida de su Palabra y obediencia gozosa a su revelación. Como enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*, «*la fe es un acto personal: la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela*» (n. 166). Poder decir que creemos en Dios es, por lo tanto, a la vez un don —Dios se revela, viene a nuestro encuentro— y un compromiso; es gracia divina y responsabilidad humana, en una experiencia de diálogo con Dios que, por amor, «*habla a los hombres como amigos*» (*Dei Verbum*, 2), y nos habla para que, en la fe y con la fe, podamos entrar en comunión con Él.

¿Dónde podemos escuchar a Dios y su Palabra? Es fundamental la Sagrada Escritura, donde la Palabra de Dios se hace audible para nosotros y alimenta nuestra vida de ”amigos” de Dios. Toda la Biblia relata la revelación de Dios a la humanidad; toda la Biblia habla de fe y nos enseña la fe, narrando una historia en la que Dios conduce su proyecto de redención y se hace cercano a nosotros, los hombres, a través de muchas figuras luminosas de personas que creen en Él y a Él se confían, hasta la plenitud de la revelación en el Señor Jesús.

Es muy bello, al respecto, el capítulo 11 de la Carta a los Hebreos, que acabamos de escuchar. Se habla de la fe y se ponen de relieve las grandes figuras bíblicas que la han vivido, convirtiéndose en modelo para todos los creyentes. En el primer versículo, dice el texto: «*La fe es fundamento de lo que se espera y garantía de lo que no se ve*» (Hb 11,1). Los ojos de la fe son, por lo tanto, capaces de ver lo invisible, y el corazón del creyente puede esperar más allá de toda esperanza, precisamente como Abrahán, de quien Pablo dice en la Carta a los Romanos que «*creyó contra toda esperanza*» (Rm 4,18).

Y precisamente en Abrahán quisiera detenerme y detener nuestra atención, porque es la primera gran figura de referencia para hablar de fe en Dios: Abrahán, el gran patriarca, modelo ejemplar, padre de todos los creyentes (cf. Rm 4,11-12). La Carta a los Hebreos lo presenta así: «*Por la fe obedeció Abrahán la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber adónde iba. Por fe vivió como extranjero en la tierra prometida, habitando en tiendas, y lo mismo Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa, mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios*» (Hb 11,8-10).

El autor de la Carta a los Hebreos hace referencia aquí a la llamada a Abrahán, narrada en el Libro del Génesis, el primer libro de la Biblia. ¿Qué pide Dios a este patriarca? Le pide que se ponga en camino, abandonando su propia tierra, para ir hacia el país que le mostrará: «*Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré*» (Gn 12,1). ¿Cómo habríamos respondido nosotros a una invitación similar? Se trata, en efecto, de partir en la oscuridad, sin saber adónde le conducirá Dios; es un camino que pide una obediencia y una confianza radicales, a las cuales solo la fe permite acceder. Pero la oscuridad de lo desconocido —adonde Abrahán debe ir— se ilumina con la luz de una promesa; Dios añade al mandato unas palabras tranquilizadoras que abren ante Abrahán un futuro de vida en plenitud: «*Haré de ti una gran nación, te bendeciré, haré famoso tu nombre... y en ti serán benditas todas las familias de la tierra*» (Gn 12,2.3).

La bendición, en la Sagrada Escritura, está relacionada principalmente con el don de la vida, que viene de Dios, y se manifiesta ante todo en la fecundidad, en una vida que se multiplica, pasando de generación en generación. Y con la bendición está relacionada también la experiencia de la posesión de una tierra, de un lugar estable donde vivir y crecer en libertad y seguridad, temiendo a Dios y construyendo una sociedad de hombres fieles a la Alianza, ”reino de sacerdotes y nación santa” (cf. Ex 19,6).

Por ello, Abrahán, en el proyecto divino, está destinado a convertirse en «*padre de una muchedumbre de pueblos*» (Gn 17,5; cf. Rm 4,17-18) y a entrar en una tierra nueva donde habitar. Sin embargo, Sara, su esposa, es estéril, no puede tener hijos; y el país hacia el cual le conduce Dios está lejos de su tierra de origen, ya está habitado por otras poblaciones, y nunca le pertenecerá verdaderamente. El narrador bíblico lo subraya, si bien con mucha discreción: cuando Abrahán llega al lugar de la promesa de Dios, «*en aquel tiempo habitaban allí los cananeos*» (Gn 12,6). La tierra que Dios dona a Abrahán no le pertenece, él es un extranjero y lo será siempre, con todo lo que comporta: no tener miras de posesión, sentir siempre su propia pobreza, ver todo como don. Esa es también la condición espiritual de quien acepta seguir al Señor, de quien decide partir acogiendo su llamada, bajo el signo de su invisible pero poderosa bendición. Y Abrahán, ”padre de los creyentes”, acepta esta llamada en la fe. Escribe san Pablo en la Carta a los Romanos: «*Apoyado en la esperanza, creyó, contra toda esperanza, que llegaría a ser padre de muchos pueblos, de acuerdo con lo que se le había dicho: ”Así será tu descendencia”. Y, aunque se daba cuenta de que su cuerpo estaba ya medio muerto —tenía unos cien años— y de que el seno de Sara era estéril, no vaciló en su fe. Todo lo contrario: ante la promesa divina, no cedió a la incredulidad, sino que se fortaleció en la fe, dando gloria a Dios, pues estaba persuadido de que Dios es capaz de hacer lo que promete*» (Rm 4,18-21).

La fe lleva a Abrahán a recorrer un camino paradójico. Él será bendecido, pero sin los signos visibles de la bendición: recibe la promesa de llegar a ser padre de un gran pueblo, pero con una vida marcada por la esterilidad de su esposa, Sara; se le conduce a una nueva patria, pero deberá vivir allí como extranjero; y la única posesión terrenal que se le consentirá será la de un trozo de tierra para sepultar allí a Sara (cf. Gn 23,1-20). Abrahán recibe la bendición porque, en la fe, sabe discernir la bendición divina, yendo más allá de las apariencias, y confiando en la presencia de Dios incluso cuando sus caminos se presentan misteriosos.

¿Qué significa esto para nosotros? Cuando afirmamos: ”Creo en Dios”, decimos, como Abrahán: ”Me fío de Ti; me entrego a Ti, Señor”; pero no como a Alguien a quien recurrir solo en los momentos de dificultad, o a quien dedicar algún momento del día o de la semana. Decir ”creo en Dios” significa fundar mi vida en Él, dejar que su Palabra la oriente cada día en las decisiones concretas, sin miedo de perder algo de mí mismo. Cuando en el rito del Bautismo se pregunta tres veces: ”¿Creéis?”, en Dios, en Jesucristo, en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica y las demás verdades de fe, la triple respuesta se da en singular: ”Creo”, porque es mi existencia personal la que debe dar un giro con el don de la fe; es mi existencia la que debe cambiar, convertirse. Cada vez que participamos en un Bautismo deberíamos preguntarnos cómo vivimos cada día el gran don de la fe.

Abrahán, el creyente, nos enseña la fe; y, como extranjero en su tierra, nos indica la verdadera patria. La fe nos hace peregrinos, introducidos en el mundo y en la historia, pero en camino hacia la patria celestial. Creer en Dios nos hace, por lo tanto, portadores de valores que a menudo no coinciden con la moda o la opinión del momento; nos pide adoptar criterios y asumir comportamientos que no pertenecen al modo de pensar común. El cristiano no debe tener miedo a ir ”a contracorriente” por vivir su propia fe, resistiendo la tentación de ”uniformarse”. En muchas de nuestras sociedades, Dios se ha convertido en el ”gran ausente”, y en su lugar están muchos ídolos, ídolos muy diversos, y, sobre todo, la posesión y el ”yo” autónomo. Los notables y positivos progresos de la ciencia y de la técnica también han inducido al hombre a una ilusión de omnipotencia y de autosuficiencia; y un creciente egocentrismo ha creado no pocos desequilibrios en el ámbito de las relaciones interpersonales y de los comportamientos sociales.

Sin embargo, la sed de Dios (cf. Sal 63,2) no se ha extinguido, y el mensaje evangélico sigue resonando a través de las palabras y las obras de muchos hombres y mujeres de fe. Abrahán, el padre de los creyentes, sigue siendo padre de muchos hijos que aceptan caminar tras sus huellas y se ponen en

camino, en obediencia a la vocación divina, confiando en la presencia benévola del Señor y acogiendo su bendición para convertirse en bendición para todos. Es el mundo bendito de la fe al que todos estamos llamados, para caminar sin miedo siguiendo al Señor Jesucristo. Y es un camino algunas veces difícil, que conoce también la prueba y la muerte, pero que abre a la vida, en una transformación radical de la realidad que solo los ojos de la fe son capaces de ver y de gustar en plenitud.

Afirmar ”creo en Dios” nos impulsa, entonces, a ponernos en camino, a salir continuamente de nosotros mismos, justamente como Abrahán, para llevar a la realidad cotidiana en la que vivimos la certeza que nos viene de la fe, es decir, la certeza de la presencia de Dios en la historia, también hoy; una presencia que trae vida y salvación, y que nos abre a un futuro con Él para una plenitud de vida que jamás conocerá el ocaso.

*(***Saludo** *a los peregrinos de lengua española y* **llamamiento** *ante las inundaciones que han afectado gravemente a Yakarta, capital de Indonesia, expresando su cercanía, asegurando su oración y alentando a la solidaridad)*